



Optimismo de la razón, pesimismo de la voluntad

Entrevista a Toni Negri

Por MATTEO RE

Profesor de la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid)



Madrid, 12 de marzo, 2016

Antonio Negri (1933), mejor conocido como Toni Negri, es un filósofo italiano. Fue profesor en la Universidad de Padua y en otras universidades europeas. A principios de los años sesenta colaboró con la revista *Quaderni Rossi*, laboratorio cultural del 68 italiano. En 1969 fundó el grupo *Potere Operaio*, referente ideológico de la izquierda extraparlamentaria italiana. Más tarde, dio vida al movimiento autónomo *Autonomia Operaia*. En 1979 fue acusado de ser el ideólogo y principal instigador del grupo terrorista *Brigadas Rojas*. Por ello, y por una larga serie de otros supuestos crímenes, fue condenado a treinta años de cárcel, que finalmente fueron reducidos a doce. Tras haber cumplido cuatro años de detención, fue elegido como diputado por el Partido Radical. Pudo así aprovechar la inmunidad parlamentaria para abandonar la cárcel. Huyó a Francia, donde se beneficia de la doctrina *Mitterrand*, que impedía la extradición para los activistas italianos de la extrema izquierda refugiados en ese país. En 1997, sin embargo, decidió regresar a Italia para terminar de cumplir su condena. Hoy vive como hombre libre en París.

Entre sus publicaciones destacan: *Marx más allá de Marx* (1979) *La anomalía salvaje* (1981), *Spinoza subversivo* (1992), *Imperio* (2002), *Multitud* (2004), *Commonwealth* (2009)

Matteo Re: Una vez terminada la Guerra Fría, a partir de los años noventa, la violencia política llevada a cabo por organizaciones armadas y también por parte de los manifestantes en las calles de las ciudades europeas, empezó a remitir. ¿Está de acuerdo con esta afirmación? ¿Cómo se pueden analizar estos cambios?

Toni Negri: No estoy del todo convencido de que la equiparación entre el fin de la violencia política armada y el de la violencia vinculada con las manifestaciones de calle sea del todo correcta. Porque, si pensamos sobre todo en el año 1995 en Francia o en los hechos de Génova del 2001 o en las grandes manifestaciones que se llevaron a cabo a partir de 2011, no hay violencia, es verdad. Sin embargo hay, en las manifestaciones de la calle, un nivel de radicalismo muy elevado. Desde este punto de vista, diría que se podría establecer una ecuación entre el aumento de las actitudes conflictuales en relación positiva con el final de las formas de lucha armada. Disminuyen las formas de lucha armada, pero en cambio aumenta el potencial de lucha social.

M.R.: ¿Y por qué hoy la lucha social ha dejado de alentar acciones de lucha armada?

T.N.: Porque decayó la continuidad del proyecto socialista (que será más tarde el proyecto soviético), establecido en el interior del movimiento obrero, desde 1871 en adelante. La crisis de la Unión Soviética fue un elemento decisivo. Con el fracaso de la Revolución de Octubre, es decir con la derrota de una toma de poder revolucionaria que había establecido una organización estatal, y con el final de la Guerra Fría, en los movimientos se asistió a un cambio profundo de la concepción del Estado y de la sociedad.

Se considera que cada reforma tiene que pasar por un proceso democrático. Pero hay que ser cuidadosos cuando nos referimos a democracia, ya que es un término muy amplio que puede significar muchas cosas: democracia representativa o no representativa, democracia soberana o federalista, etc... Diría yo que aquí hay una diferencia sustancial entre poder democrático y potencia democrática. La crítica del poder, del poder estatal, del poder soberano, va de la mano de aquella suposición de una perspectiva política de "potencia" democrática. ¿Qué significa esto? Que ya no se concibe la democracia como producto de unas masas compactas sino como producción de una multitud de singularidades.

Hay una nueva relación entre rebelión individual y rebelión del conjunto de la población, una relación que ya no es masificada. Se deja de mirar a la masa en movimiento, que tenía siempre a alguien que la guiaba desde fuera: la vanguardia.

Con la caída del modelo soviético se desvanece también la idea de vanguardia y se debilita la idea de soberanía.

Creo que el tema de la violencia está vinculado al discurso sobre la vanguardia. Analicemos un tema central en la ética comunista: "Pesimismo de la razón, optimismo de la voluntad". Es un clásico discurso de vanguardia: el optimismo de la voluntad puede representar un *engagement* profundo, pero, al mismo tiempo, puede interpretar una decisión terrorista. Creo que dando la vuelta al dicho y diciendo: "*optimismo de la razón y pesimismo de la voluntad*", se interpreta mucho mejor lo que son hoy los movimientos. Es decir, movimientos que mantienen un elevado nivel utópico e imaginativo, pero que al mismo tiempo son extremadamente realistas cuando se mueven en el terreno concreto.

La anticipación vanguardista, por lo tanto, ha terminado. Sin embargo, los movimientos saben que representan una mayoría social y política, ya constituida en la historia. Reconocen una determinación ontológica. Todo esto lo demuestra un movimiento como el del 15-M. Es un movimiento que afirma: "Nosotros no estamos solo en contra, sino que nos posicionamos más allá del sistema capitalista, lo superamos. El sistema capitalista es antiguo, sólo es capaz de llevarnos a una crisis, su clase política está podrida, la maquinaria es inerte y violenta. Nosotros estamos construyendo una manera de gobernar que mira con inocente arrogancia al poder existente y lo considera como algo destinado a terminar porque ya no tiene sentido que exista".

M.R.: ¿Y hoy sería posible pasar de la teoría a la praxis?

T.N.: Sin disminuir la fuerza de la utopía, si aún se puede llamar utopía. Quizá sería mejor decir proyecto, programa. El término utopía ya está pasado de moda. Hemos dicho que hoy asistimos a una recesión de la violencia armada y a un aumento y a una mejor cualidad de la actividad conflictual social. Todo esto tiene una explicación que está vinculada no sólo con el final del poder soviético, sino esencialmente con la transformación social, con la transformación del trabajo y de los sujetos sociales, con nuevas problemáticas del gobierno y de la organización del trabajo adelantadas en los años setenta. Todo esto ya se encuentra en el territorio de la praxis.

M.R.: ¿Entonces, no estamos viviendo un aumento del individualismo y una disminución de la colectividad?

T.N.: Sí, si creemos que el individuo es algo autocentrado, independiente, dotado de un *anima solatia*. Sin embargo creo que el individuo nace en una relación social, y que esta relación social y lingüística, cognitiva y cooperativa, lo constituye.

Todo esto destruye la identidad y aumenta la intensidad de la relación. Es evidente que el entusiasmo liberal en relación con el individualismo es una manera de mistificar el nuevo fenómeno social de la red productiva y de la cooperación social. Los liberales exaltan el individualismo y quieren que las singularidades, más que crecer junto con los demás, transformen el “nosotros” en “yo” y pongan un “yo” empresarial al servicio del capital.

M. R.: Durante mucho tiempo el problema sobre cómo y cuándo la violencia política ha concluido, ha sido abundantemente ignorado a nivel académico. La atención ha estado más bien centrada en el inicio de la radicalización, olvidando su final. Sin embargo, en los últimos años, historiadores, sociólogos, politólogos han empezado a publicar numerosos trabajos sobre la desaparición de la violencia política en Europa. ¿Cuál es su opinión sobre este fenómeno? ¿A qué se debe este cambio de interés?

T.N.: Creo que el avance hacia el estudio sobre el final de la violencia significa una implícita toma de conciencia de que la estructura social ha cambiado de manera profunda. Sin embargo, hoy se habla de fin de la violencia de manera muy ambigua. Se dice violencia como si todo fuera lo mismo. Pero la violencia es siempre diferente y se combina de maneras distintas. Voy a poner un ejemplo. La violencia de los años setenta, por lo menos en Italia y en algunos otros lugares de Europa, fue una violencia determinada por los movimientos de fábricas. En Italia, había una componente del obrero-masa que llegaba del Sur, por eso, la relación del proletariado campesino con la violencia fue en parte absorbida por la clase obrera. En el interior de la clase obrera había dos elementos fundamentales que empujaban hacia la acción violenta: uno era el recuerdo de la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial (especialmente de la violencia *gappista*¹, de la violencia de ataque) y la otra era la componente campesina de la rebelión contra el latifundio. Esto en Italia está muy claro. Hablar de este tipo de violencia hoy no tiene sentido.

Hoy, si entras en FIAT, te das cuenta de que el conjunto de trabajadores está conformado por personas que trabajan de manera digital. Estos trabajadores a menudo son graduados o han realizado estudios superiores. En muy poco tiempo hemos asistido a un cambio radical en el mundo laboral. Se dio como respuesta a la violencia obrera, ya que las fábricas habían llegado a ser incontrolables. Y todo esto nos muestra cómo resulta más útil hablar de vínculos de producción más que de violencia, en términos generales.

¹ Perteneciente a los *Gruppi di Azione Patriottica* (GAP), pequeños grupos de partisanos italianos que a partir de septiembre de 1943 nacieron por iniciativa del Partido Comunista Italiano. Los *gappistas* luchaban contra los nazis alemanes y los fascistas italianos.

M.R.: ¿Una respuesta por parte de quién?

T.N.: Una respuesta por parte del capital colectivo. Las tecnologías electrónicas y digitales ya habían sido utilizadas durante la Segunda Guerra Mundial, sin embargo no resultaba práctico utilizarlas en la producción hasta que las máquinas del fordismo hubieran funcionado. Empiezan a entrar en las fábricas para destruir la fuerza-trabajo organizada de los trabajadores-masa. Lo dice muy bien Huntington en el informe de Trilateral de 1973: "Tenemos que cambiarlo todo porque ya no podemos aceptar que obreros, jóvenes, mujeres, negros, obstaculicen nuestra capacidad empresarial". Todo esto, además, se complica por la decadencia de la Unión Soviética y por el derrumbe del proyecto comunista. Pero planteemos la hipótesis contraria: ¿Qué hubiera pasado si la revolución tecnológica se hubiese concertado con la revolución obrera? Creo que hubiera procurado algún que otro empujón.

M.R.: Muchos de los que participaron de manera activa en la violencia política de los años setenta, en Italia pero no sólo en nuestro país, sufrieron un paulatino y al mismo tiempo progresivo proceso de *disengagement*. ¿A qué cree que se debe este distanciamiento de las posiciones por las que empezaron unos años antes?

123

T.N.: Hay una percepción profunda de cambio de una época. Éste me parece el elemento fundamental. Luego hay otros elementos. Está la derrota en el terreno militar. El enfrentamiento militar es un enfrentamiento que puede durar años, pero que durando mucho tiempo, aísla del enfrentamiento social y se convierte en una especie de máquina autoproductiva.

La lucha armada puede seguir incluso cuando todas las condiciones necesarias han terminado, aunque eso convierta dicha experiencia en un auténtico desastre. Las Brigadas Rojas siguieron unos diez años más fuera de todas las condiciones que las habían determinado y gracias a las cuales se habían hecho poderosas. Está claro que si un grupo político decide llevar a cabo una acción armada y luego se encuentra –de repente– privado de un *milieu* que comparte la acción (y que sirve de terreno fértil para una adhesión y para una propaganda) no tiene sentido seguir. Sin embargo, existe una especie de maquinita que reproduce inercialmente a grupos armados y aislados. Es aún peor cuando esa maquinita se reproduce en el interior de los órganos institucionales de la represión: son igual de peligrosos que la resistencia armada. Algo parecido pasó en España cuando Aznar fue castigado por culpa de los atentados de Atocha [el 11-M del 2004]. Había un mecanismo imaginario represivo que había intentado sustituir la realidad y había sido castigado por parte de una revuelta electoral que cerró un periodo.

De todas formas, la violencia nunca es algo que se pueda entrecomillar: es una de las formas de relación de poder. El poder siempre es doble. El poder no es un Leviatán, el poder es una relación entre mando y consenso.

Así que la derrota tiene ella misma sus ambigüedades. Miremos por ejemplo a Italia. El personal político incriminado fue de unas 60.000 personas, de las cuales alrededor de 30.000 fueron condenadas. Se trata de cifras aterradoras. Y cuando conoces a estas personas, te das cuenta de que un porcentaje muy elevado de ellas (creo que por lo menos la mitad) no siente ningún tipo de arrepentimiento. Sabe que ya no se pueden utilizar los métodos violentos, sin embargo reinterpreta y transforma su empleo con otras formas de acción en el interior de la conflictividad social.

M.R.: Se trata, de todas maneras, de una derrota dura de digerir, imagino.

T.N.: En realidad no se vive como una derrota. Quizá como una derrota política, eso sí, pero no como una derrota histórica. Como decía antes, este sentimiento es parte de la autoconciencia de los movimientos que se sienten más allá del desarrollo capitalista y que empiezan a denunciar el verdadero bloqueo a la producción de vida y de subjetividad en el desarrollo capitalista.

M.R.: Una vez terminado el periodo de violencia difusa y de violencia armada, en muchos países de Europa hemos pasado al debate sobre la pacificación. Cada Estado ha reaccionado de manera diferente en relación con las víctimas. ¿Cree que sería oportuna una confrontación a nivel internacional sobre este tema? ¿Cuál es su opinión sobre la relación entre víctimas y terroristas?

T.N.: En Italia, para los brigadistas, y en general para todos aquellos que tenían condenas por delitos políticos, se pedía, para que se le concediera una reducción de la condena, que se pusieran en contacto con las familias de las víctimas del otro bando para lograr su perdón. A mí me parece que esta política es infame. Si el Estado no tiene la fuerza para estar por encima de la venganza es un Estado pre-Beccaria. El malestar fue muy profundo. En Italia siempre salta a la vista la dimensión católica del arrepentimiento y de la venganza bárbara.

M.R.: No sé si sabrá que, aquí en España, el modelo italiano de la gestión del fin de la violencia ha llegado casi a sustituir el modelo norirlandés. ¿Que sensación le deja que nuestro país esté considerado como ejemplar en este sentido?

T.N.: Me parece que nos estamos moviendo en diferentes terrenos. El terrorismo, llamémoslo así, irlandés, es algo que está vinculado con reivindicaciones nacionales. En un segundo momento, los miembros del IRA pueden haberse vinculado a rebeliones obreras o a esquemas subversivos de izquierda, pero fundamentalmente son nacionalistas. En Italia esto no pasó. La lucha armada en Italia fue clasista. Es incorrecto llamar "terrorista" la lucha armada obrera en Italia. Los movimientos armados italianos de izquierda nunca pusieron bombas, es algo que todo el mundo parece haber olvidado. En Italia nunca hubo ni un fallecido debido a bombas puestas de manera indiscriminada por parte de grupos de izquierda, es decir puestas de manera realmente terrorista (que según mi opinión es lo que realmente define el terrorismo).

La represión en Italia fue una represión contra un movimiento de clase que coincidió con una transformación del modelo de producción. En Irlanda hubo una transformación de la lucha armada en partido. De ETA no conozco muy bien los movimientos internos. De todas formas, la posibilidad del salto de la lucha armada al partido hace que nos movamos en un escenario muy diferente. En Italia este salto fue imposible debido a la política represiva del Estado, fuertemente apoyada por el Partido Comunista Italiano.

En este terreno sería muy interesante estudiar el fenómeno kurdo. Allí opera el PKK, el Partido Comunista Kurdo, con una capacidad de armamento insurreccional, nunca terrorista. El PKK sufrió también una modificación completa en la línea política que Öcalan estableció en sus primeros años de detención. El movimiento kurdo empezó a organizarse políticamente en la escena democrática. Ahora está demostrando que es una fuerza democrática fuerte, en un régimen, el régimen turco, nada correcto en la gestión de los derechos humanos. Con Erdoğan hubo un aumento de la represión violenta hacia el movimiento kurdo y la situación hoy ha empeorado trágicamente.

M.R.: Esto en Italia no ocurre. Las Brigadas Rojas no tuvieron una organización política que les apoyó.

T.N.: No, en Italia eso no ocurrió. O, mejor dicho, nosotros lo intentamos, pero fallamos porque las BR nos lo impidieron. Ellas se presentaron como vanguardia y cortaron las piernas a otro tipo de organización. Lo hicieron porque situaban el problema de la lucha armada en el punto más alto del proyecto político; mientras que la creación de un partido, es decir de la organización de la Autonomía, tal y como teníamos pensado hacer en ese momento, preveía el aislamiento de la lucha armada.

Después de muchos años de lucha armada, enfrentándonos a niveles de represión cada vez más inaguantables, no hubo posibilidad de organizar una fuerza política legal. El Partido Comunista Italiano no quería que nada naciera a su izquierda. Hubo entonces una coincidencia entre fuerzas tradicionales conservadoras y el Partido Comunista Italiano que determinó una radicalización de las relaciones políticas. La represión contra el movimiento era muy elevada y por eso los brigadistas obtenían consensos cuando decían: “Ahora vamos a responder de una manera contundente”.

Nuestra derrota fue más bien en el terreno militar; en el terreno político nos derrotó un chantaje armado entre el Estado y las Brigadas Rojas. La derrota definitiva de la Autonomía, es decir de la gran mayoría del movimiento, solo ocurrió tras el asesinato de Aldo Moro. Para terminar, dentro de esa experiencia hubo también momentos excepcionales de lucha y de organización, además de experiencias culturales nuevas como las de las radios, de la construcción de los *centri sociali*, etc. Es interesante recordar que, por primera vez, en los años setenta italianos, se planteó el problema de la relación entre horizontalidad de los movimientos y verticalidad de las decisiones políticas, un tema muy de actualidad hoy que, por ejemplo, ha sido estudiado y puesto en práctica por parte de Podemos.

M.R.: Sobre la necesidad de mantener una memoria histórica, ¿Cree usted que es justo dar un nuevo “corte” ideológico y social a los años setenta en Italia o siempre serán recordados como los “años de plomo”?

T.N.: “Años de plomo”: quizá ya esté terminando este cuento, se está agotando esa denominación trágica. El problema es ver cómo los llamaremos después. Por una parte fueron años de grandes reformas y de radical afirmación del Estado de bienestar y de los derechos civiles. Por otra parte fueron años donde se intentó llevar a cabo un proceso revolucionario. Una revolución de tipo nuevo. Un viejo camarada que trabajaba en Siemens en Milán me contaba hace unos meses, recordando ese periodo, que en esa época entre los obreros se vivía una vida comunitaria... que salían de la fábrica e iban a los grandes conciertos de rock, luego hacían expropiaciones en los supermercados, pero no iban a por pan y mantequilla, iban a por botellas de *Don Perignon*.

Hoy, recordando aquellos años, chocan por un lado una experiencia de miedo, de inseguridad y de crisis cultural, sentimientos realmente vividos por parte de las “mayorías silenciosas” burguesas, pero sobre todo por parte de las élites de poder: un lúgubre triunfo de tristes pasiones, una semana santa de flagelaciones y de martirio junto con la nostálgica ilusión de una época feliz del orden constituido que en realidad nunca había existido. Y por otra parte, el sentimiento de un

origen. Los años setenta fueron el comienzo de un nuevo mundo. Quien los vivió sabe que entonces hubo la primera decisiva aparición de una nueva antropología del trabajo: la afirmación de una nueva fuerza-trabajo socializada e intelectualizada, el trabajo inmaterial, cognitivo, afectivo, cooperativo, singularizado. Los años setenta fueron un origen y una contemporaneidad. El dolor que no se olvida es el de la desaparición de un viejo mundo; la contemporaneidad de aquellos años es la presencia de nuevas posibilidades de vida que desbaratan el viejo orden social. Dicho esto, una nueva historia de los años setenta es necesaria, pero quizá sea imposible de hacer. Porque mientras que el dolor permanece en los vencedores, los derrotados no lo recuerdan porque para ellos es la ventaja de la contemporaneidad.

La Europa contemporánea es un territorio en el que la educación sobre el conflicto (social, político, geopolítico, militar) está desapareciendo, puede que por el final de la Guerra Fría, el derrumbe de las ideologías revolucionarias, la desmilitarización de los ciudadanos (el final del servicio militar obligatorio), etc.. tanto es así que estamos asistiendo a una disminución de la participación política y a una involución individualista, acompañada por una fuerte competitividad totalmente economicista: cuanto más dinero ganas, tanto más lejos llegas en tu trabajo y más te respetan. Sin embargo, en el resto del mundo cercano a Europa la historia sigue todavía según los cánones clásicos: guerras, fuertes contraposiciones ideológicas... ¿Cómo puede Europa enfrentarse a esta nueva situación a nivel internacional en la que la Guerra Fría ha cedido el paso a unos equilibrios nuevos?

Tengo muchas dudas: sobre el final del conflicto, sobre el cansancio de la participación, sobre el triunfo del individualismo, sobre la subjetividad liberal, también sobre el hecho de que este desencadenamiento de guerras se pueda vincular con una tradición clausewitziana de guerra como continuidad de la política. Tengo la impresión de que todo esto, habría por lo menos que valorarlo.

Estoy convencido de que Europa ha perdido el tren. Eso no significa que tenga que quedarse allí a mirar el convoy que pasa y desaparece a lo lejos. Lo perdió cuando se amodorró en un proceso de unificación necesario, pero que rechazaba todo tipo de dialéctica de fuerzas sociales. La manera en la que se construyó Europa es la misma en que se destruyeron las energías políticas de varios países. Para construir un aumento extremo del poder, su opacidad, el aislamiento de los movimientos sociales, también de los movimientos sociales orgánicos de la democracia, tal como los sindicatos o las cooperativas... Hubo un intento de construir Europa de una manera totalmente desvinculada de una representación activa. El Parlamento europeo es una especie de pegatina en un gobierno real que mantiene las grandes finanzas. Por lo tanto, al construirse de esta manera, Eu-

ropa ha sido incapaz de insertarse en el grande problema que la globalización económica y política, y el nacimiento de los BRICS, han puesto encima de la mesa. Hemos asistido, por lo tanto, a un desplazamiento del eje central del desarrollo global hacia el Pacífico. Los norteamericanos lo han entendido perfectamente, hasta han llegado a desplazar allí sus bases militares. En el centro del desarrollo global está hoy la confrontación entre Estados Unidos y China. ¿Y Europa dónde está?

Varoufakis tiene razón cuando dice que un relanzamiento de Europa se puede dar solamente a través de una profunda y radical modificación de la estructura del gobierno europeo. Añado yo: volviendo a empezar por las luchas, por los movimientos sociales, por la reaparición de los conflictos, por la participación, por la lucha contra el individualismo y contra los modelos neoliberales. Europa puede volver a nacer solo reconquistando los que fueron los años sesenta y setenta.

M.R.: ¿Qué peso tiene hoy en día la nueva izquierda europea?

T.N.: El peso de Syriza ha sido muy fuerte. El referéndum griego tuvo unos efectos impresionantes porque demostró que se puede llevar a cabo una dialéctica dura contra Bruselas –evidentemente no solamente por parte de Grecia, que es un país pequeño y aislado. En la izquierda europea existen algunas descabelladas resistencias hacia Europa: hay personajes y fuerzas, como Lafontaine junto con una parte consistente del Linke alemán o Mélenchon en Francia que apoyan el así llamado “plan B”. En Italia hay mucha confusión y pequeños grupos anti-europeístas. El denominado “plan B” se propone volver al pasado y se vincula a una imagen corporativa y antigua del desarrollo económico y del sistema político –nunca hay que olvidar que también entre la clase obrera existe unas componentes profundamente reaccionarios.

Dicho esto, queda claro que Europa, sólo en cuanto Europa unida, puede funcionar a nivel mundial y no ser un apéndice de Asia, tal y como es geográficamente. El proceso para constituirse de una manera unitaria está bloqueado por las relaciones de fuerza entre clases que se da hoy en Europa y por una sobrecarga de represión, de austeridad y de “Ordo” en términos neoliberales. Europa se ha convertido en un obstáculo para sí misma. Confío en un gran empuje europeísta que sacuda la Comisión y la Banca... es raro, pero es justamente la Banca la que está teniendo mayor sensibilidad política comparado con las demás instituciones de Europa. El Banco Central Europeo, a pesar de todo, nos salvó de los aspectos más desastrosos de la crisis. En definitiva, Europa es una especie de pez que ha sido sacado del agua, que se asfixia. Entonces, hace falta devolverlo al mar cuanto antes. El agua tiene que llegar gracias a una acción europeísta radical, que encuentre su potencia en la nueva izquierda post-socialdemócrata. Europa y

la Commonwealth deben ser la contraseña que en el futuro más próximo estas fuerzas de izquierda tendrían que adoptar.

M.R.: ¿En la Europa de hoy, entonces, no va a haber más espacio para situaciones de violencia tal y como las que vivimos en el pasado?

T.N.: Sigue habiendo situaciones violentas y donde hay una represión muy dura. Poner como ejemplo las *banlieues* francesas es quizá excesivo; pero también en Alemania y en Italia existen situaciones similares. Además, hoy en Europa, desde el punto de vista de la violencia tenemos al Este que, no digo que sea totalmente fascista, pero mantiene una tendencia bastante preocupante para escorar hacia la ultraderecha. Pienso en Polonia, en Hungría, también en Eslovaquia. El problema de los emigrantes se utiliza como elemento para reforzar a la derecha tradicional fascista. Es aquí donde hay que prestar atención. Cada vez que aumenta la violencia del poder, crece la violencia de la resistencia, aumenta la posibilidad de acciones violentas contra una legalidad considerada injusta. Hay una relación muy cerrada entre violencia del Estado y resistencia del pueblo. Vuelvo a recordar que el poder no es un Leviatán, es una dialéctica sin solución. Sólo si se tiene en cuenta esta condición se puede llevar a cabo un análisis político correcto. Pero repito: Maquiavelo, Spinoza, Marx dicen que el poder no es algo hobbesiano, mientras que toda la teoría política parece estar completamente vinculada al modelo de Hobbes. Pienso que el otro modelo, el materialista, es infinitamente más capaz de representar la realidad en sus aspectos constructivos y también en los destructivos: se trata, de todas formas, de un modelo de comprensión real.